

January 2007

La comprensión de sí en la comprensión de un texto Algunas anotaciones sobre la hermenéutica de Paul Ricoeur

Manuel Alejandro Prada Londoño
Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Prada Londoño, M. A. (2007). La comprensión de sí en la comprensión de un texto Algunas anotaciones sobre la hermenéutica de Paul Ricoeur. *Revista de la Universidad de La Salle*, (44), 107-113.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La comprensión de sí en la comprensión de un texto

Algunas anotaciones sobre la hermenéutica de Paul Ricoeur¹

Manuel Alejandro Prada Londoño²

Hay quien se pasa la vida entera leyendo sin conseguir nunca ir más allá de la lectura, se quedan pegados a la página, no entienden que las palabras son sólo piedras puestas atravesando la corriente de un río, si están allí es para que podamos llegar a la otra margen, la otra margen es lo que importa, A no ser, A no ser, Qué, A no ser que esos tales ríos no tengan dos orillas sino muchas, que cada persona que lee sea, ella, su propia orilla, y que sea suya y sólo suya la orilla a la que tendrá que llegar.

José Saramago (La Caverna).

RESUMEN

Las siguientes líneas constituyen un conjunto de anotaciones en torno a la propuesta hermenéutica del filósofo francés Paul Ricoeur, específicamente en lo referente a la *lectura* de obras narrativas ficcionales. El escrito se desarrolla en tres apartados: en el primero, se esboza la tesis general de la hermenéutica ricoeuriana de la *comprensión de textos como comprensión de sí*; en el segundo, situamos la problemática de la *constitución del personaje* a través de la *constitución de la trama*; por último, mostramos algunos encuentros y diferencias que acaecen cuando se relacionan la *lectura de una obra literaria* y la *reflexión sobre la vida misma* [valga decir: del lector como *sujeto*].

Palabras clave: lectura, texto, comprensión, sujeto.

LA COMPRENSIÓN DE SÍ MISMO COMO TAREA DE LA HERMENEUTICA

(...) lo que es interpretado en un texto es la propuesta de un mundo que yo podría habitar y en el que podría proyectar mis poderes más propios. Esta sería la propuesta fundamental de una hermenéutica que apunta menos a restituir la intención del autor detrás del texto que a explicar el movimiento por el cual el texto despliega un mundo en cierto modo delante de sí mismo.

Paul Ricoeur³

Vamos a sugerir tres puntos de partida que enmarcan la cuestión de la hermenéutica ricoeuriana, referente a la interpretación de textos en el ámbito de la 'lectura':

1. El texto narrativo proyecta delante de él un mundo posible, como lugar de acogida en el que yo podría atenerme y donde podría habitar. El lector puede apropiarse de él, del mundo del texto, ante el texto mismo y ante su propia manera de ser en el mundo.
2. El lector es quien refiere el mundo. Es el personaje real que pone en intersección el mundo (posible) del texto con su mundo (real). Cabe aclarar aquí que no se trata de establecer una diferencia entre historia y ficción teniendo como punto de comparación el problema de la realidad de una respecto a la irrealidad de la otra. Ricoeur (1999: 864 – 868) se empeña en mostrar cómo el entrecruce entre ficción e historia que se propone parte de la crítica

¹ Este texto recoge algunas reflexiones que se han desarrollado como parte de la Cátedra colectiva "Seminario I: Literatura y Ciencias Sociales" –realizada junto a Camilo Enrique Jiménez– en la Facultad de Humanidades de la Universidad Pedagógica Nacional (2006-2007).

² Licenciado en Filosofía; Especialista en Teorías y Métodos en Investigación Social; Estudiante de Maestría en Filosofía. Profesor Departamento de Formación Lasallista, Universidad de La Salle. Profesor Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional.

³ *Temps et récit*. París, Seuil, 1983; vol. 1, p. 12 (Citado *TR*).

a la idea positivista de 'realidad' en historia y, como su contraparte, de la crítica de la idea de 'irrealidad' que se le atribuye al texto de ficción.

3. Un eje fundamental de la propuesta hermenéutica de Ricoeur es su valor no sólo para interpretar un texto que se pone al frente como mundo de posibilidades al cual accede un intérprete, sino también para ser necesariamente interpretación y comprensión de uno mismo. En palabras de Marcelino Agís (en Valdés, 2000: 113): "Toda hermenéutica es, de una u otra forma, comprensión de uno mismo gracias a la comprensión del otro o de lo otro. Nuestro conocimiento, y también nuestra propia experiencia, depende del otro, y de los textos en los que podamos seguir el desarrollo de su ser".

Cabe decir, a este respecto, que la propuesta ricoeuriana es una renuncia a la idea de un sujeto autofundante, tal como fue concebida por la Modernidad. En este sentido, la noción de sí-mismo, a la que apunta el título 'interpretación de sí' no puede equipararse con la de *cogito*. Por el contrario, el carácter de autofundación del sujeto heredado de la Modernidad abre paso a la idea de que toda comprensión de sí debe pasar por el rodeo, por los textos y, en últimas, por la consideración de la alteridad como constitutiva de la identidad personal.

Por otro lado, la primacía de la subjetividad se ve cuestionada cuando se toma como 'eje hermenéutico' la teoría del texto. "En la medida en que el sentido de un texto se autonomiza de la intención subjetiva de su autor, el problema esencial no consiste en encontrar, detrás del texto, la intención perdida, sino en desplegar, ante el texto el *mundo* que abre y descubre" (Ricoeur, 2002: 51). El cuestionamiento radica en 'sacar' el fundamento de la interpretación del ámbito de la conciencia en relación consigo misma al ámbito del mundo que es abierto por los textos. Se trata, en últimas, de dar un

rodeo por los textos que constituyen el *alter* del sí mismo, en cuanto en aquellos se reconoce el sujeto *en cuanto* otro.

Así las cosas, la subjetividad se pierde como origen y se convierte en el punto de llegada de toda interpretación.

Aunque es cierto que la hermenéutica acaba en la autocomprensión, es necesario rectificar el subjetivismo de esta proposición diciendo que *comprenderse es comprenderse ante el texto*. Por lo tanto, lo que es apropiación desde un punto de vista es desapropiación desde otro. Aquello de lo que nos apropiamos es la cosa del texto. Pero ésta sólo se convierte en algo mío si me desapropio de mí mismo para dejar que sea la cosa del texto. Entonces cambio el *yo, dueño* de sí mismo, por el *sí mismo, discípulo* del texto (Ricoeur, 2002: 53).

LA RELACIÓN ENTRE TRAMA Y PERSONAJE⁴

Se admiten en el personaje todas las contradicciones, pero ninguna incoherencia, y en este punto insistimos particularmente porque, al contrario de lo que suelen preceptuar los diccionarios, incoherencia y contradicción no son sinónimos. Es en el interior de su propia coherencia donde una persona o un personaje se van contradiciendo, mientras que la incoherencia, por ser, más que la contradicción, una constante del comportamiento, repele de sí a la contradicción, la elimina, no se entiende viviendo con ella.

José Saramago (*La Caverna*).

El primer propósito de Ricoeur en el estudio VI de *Sí mismo como otro* (1996)⁵, titulado "El sí y la identidad narrativa", es mostrar "cómo el modelo específico de conexión entre acontecimientos constituidos por la construcción de la trama permite integrar en la permanencia en el tiempo lo que parece ser su contrario bajo el régimen de la identidad-mismidad, a saber, la diversidad, la variabilidad, la discontinuidad, la inestabilidad" (Ricoeur, 1996: 139). Para esto se vale de la teoría narrativa, ya expuesta ampliamente en su obra *Temps et récit*,



⁴ Este párrafo retoma el segundo apartado de mi artículo: "Narrarse a sí mismo: residuo moderno en la hermenéutica de Paul Ricoeur". En: *Folios. Revista de la Facultad de Humanidades*. Universidad Pedagógica Nacional, Segunda Época. 17 (2003): 47-56. Así mismo, una ampliación puede verse en: "Sujeto, narración y formación desde Paul Ricoeur". En: Mena. (Comp.). *Fenomenología por decir. Homenaje a Paul Ricoeur*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, 2006: 341-362.

⁵ En adelante: *SO*.

presentando los principales aportes que ésta puede hacer en la consecución de una respuesta satisfactoria a la pregunta por la identidad personal.

Para comenzar con el seguimiento de la argumentación ricoeuriana, habrá que mostrar que la identidad comprendida narrativamente, puede llamarse identidad del *personaje*, la cual se constituye en unión íntima con la identidad de la *trama*. El proceso argumentativo va desde la trama hacia el personaje.

¿Qué es construir una trama? Es lo mismo que *poner en intriga*. Ricoeur (1999: 230) traduce la palabra griega *mythos* por “puesta en intriga”, y observa que ella reviste “un carácter de *germen* de un desarrollo considerable (...) que afrontará las tentativas para otorgar a la noción de ‘mise en intrigue’ una extensión más amplia y una comprensión más fundamental que la del *mythos* aristotélico, tributario de la interpretación de la tragedia griega”.

El entramado de la acción consiste, básicamente, en la síntesis de dos elementos heterogéneos: concordancias y discordancias.

Por concordancia entiendo el principio de orden que vela por lo que Aristóteles llama ‘disposición de los hechos’. Por discordancia entiendo los trastocamientos de fortuna que hacen de la trama una transformación regulada, desde una situación inicial hasta otra terminal. Aplico el término de *configuración* a este arte de la composición que media entre concordancia y discordancia (Ricoeur, 1996: 139 -140).

Para reforzar la definición de este par de conceptos tan importantes, nos permitimos citar una explicación que da el mismo Ricoeur cuando, hablando de lo que entiende de la *Poética* de Aristóteles, toca este punto:

De la concordancia dependen, obviamente, la definición misma de *mythos* como composición de las acciones y los corolarios de esta definición, a saber, la unidad, la marca de un comienzo, de un medio y de un fin, la amplitud y la conclusión. Pero la concordancia tiene su reverso; ‘discordancia o inversión’ de la dicha en desdicha, cambio de fortuna (...), reconocimiento inesperado, incidentes que espantan o inspiran piedad, efectos violentos (en Valdés, 2000: 146 – 147).

La propuesta de Ricoeur (1996: 140) no se limita a presentar por separado dos conceptos divergentes, sino que apunta a la posibilidad (necesidad) de asumirlos juntos, como *concordancia discordante*, que es la mediación que hace la trama entre “la diversidad de acontecimientos y la unidad

temporal de la historia narrada (...); entre la pura sucesión y la unidad de la forma temporal”. Es por ello que no se entiende la discordancia como algo exterior a la concordancia. Al contrario, en aras de una plena “inteligencia narrativa”, consistente en la asunción de dicha síntesis aparentemente paradójica, deberá incorporarse la discordancia a la concordancia, “conseguirse que la sorpresa contribuya al efecto de sentido que, con posterioridad, hace que la fábula (*mythos*) aparezca como verosímil, incluso necesaria” (en Valdés, 2000: 147).

Un paso adelante. Para concebir narrativamente la identidad personal es necesario pasar de la configuración de acciones a la adscripción de acciones a personajes. Se distingue una correlación muy estrecha (casi subordinada) entre personaje y acción: “Es en la historia narrada, con sus características de unidad, de articulación interna y de totalidad, conferidos por la operación de construcción de la trama, donde el personaje conserva, a lo largo de toda la historia, una identidad correlativa a la de la historia misma” (Ricoeur, 1996: 142).⁶

Terminada la primera parte de la exposición sobre la identidad del personaje y de la trama, concluye Ricoeur que es en el relato donde se puede atribuir el qué de la acción a un quién, y más aún, desarrollarse otro tipo de interrogantes como el *¿por qué?* y el *¿cómo?* de las acciones mismas. Sobre esto, afirma Ricoeur (1996: 147) que “la persona (...) comparte el régimen de la identidad dinámica propia de la historia narrada. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada. Es la identidad de la historia la que hace la identidad del personaje”.

De la correlación entre acción y personaje del relato se deriva una dialéctica *interna* al personaje, punto más alto de la dialéctica entre discordancia y concordancia desplegada en la construcción de la trama de la acción. Ahora bien, ¿en qué consiste esa dialéctica? Aunque ya habíamos hablado de ello cuando nos referíamos a la *concordancia discordante*, cabe anotar un aspecto más de dicha correlación.

La dialéctica consiste en que, según la línea de concordancia, el personaje saca su singularidad de la uni-

6 Al respecto, dialoga Ricoeur con tres pensadores: 1) Aristóteles, en la *Poética*, en quien descubre la correlación entre historia narrada y personaje; 2) V. Propp, narratólogo contemporáneo, quien, luego de disociar lo que él llama “funciones” (segmentos recurrentes de acción) de los personajes, recupera la unidad sintética del cuento teniendo presente que las funciones son desempeñadas por los personajes; es más, funciones y personajes se cruzan en lo que Propp llama “esferas de acción”: “Numerosas funciones se agrupan lógicamente según determinadas esferas. Estas esferas corresponden a los personajes que realizan las funciones” (*Morfología del cuento*. Madrid: Fundamentos, 1985: 92); y, 3) Claude Bremond, para quien la *función* sólo puede definirse por “la atribución a un sujeto-persona de un predicado-proceso eventual, en acto o terminado” (*Logique du récit*. París: Seuil, 1973: 134). Se verá en esta atribución la solución narrativa a los problemas de adscripción de la acción al agente.

dad de su vida considerada como la totalidad temporal singular que lo distingue de cualquier otro. Según la línea de discordancia, esta totalidad temporal está amenazada por el efecto de ruptura de los acontecimientos imprevisibles que la van señalando (encuentros, accidentes, etc.); la síntesis concordante-discordante hace que la contingencia del acontecimiento contribuya a la necesidad en cierto sentido retroactiva de la historia de una vida, con la que se iguala la identidad del personaje. Así el azar se cambia en destino. Y la identidad del personaje, que podemos decir ‘puesto en trama’, sólo se deja comprender bajo el signo de esta dialéctica (Ricœur, 1996: 147).



En palabras de David Wood (en Valdés, 2000: 15) la propuesta ricœuriana de *concordancia discordante* es una sugerencia: pensar la vida examinada (...) como una vida narrada, caracterizada por una lucha entre la concordancia y la discordancia, con el propósito de descubrir una identidad narrativa, y no de imponerla sobre nosotros mismos. Tal proceso permite que uno desarrolle el sentido de sí mismo como sujeto; no como ego narcisista, sino como ser ‘instruido por símbolos culturales’.

Queda plantear el paso que da Ricœur de las consideraciones sobre la *identidad narrativa* a la literatura, pues, aparentemente, pareciera que una y otra están en ámbitos diversos: la vida narrada se sitúa más del lado de la historia, mientras que la ficción está del lado de la ‘irrealidad’. Contrario a esto, precisamente, la propuesta ricœuriana plantea que la historia –entendida como el ejercicio profesional del historiador o como la narración de una vida hecha trama– se aleja de entender *la* realidad como una cosa objetiva en el sentido más fuerte dado por la Modernidad a esta categoría [algo externo al sujeto que intenta conocerla, fijo, inmóvil] y prefiere hablar de que la historia se esfuerza más por encontrar una relación de *lugartenencia* respecto a los ausentes, los antepasados, con quienes se establece una búsqueda de relación cara a cara, en una “relación de deuda, que coloca a los hombres del presente ante la tarea de restituir a los hombres del pasado –a los muertos– su débito” (Ricœur, 1999: 864). Por otro lado, las narraciones que hacemos sobre nosotros mismos, seres encarnados, históricos, situados, no pretende la aprehensión de ‘algo’ que pueda llamarse un ‘yo’ fijo, ‘real’ en el sentido moderno de la objetividad.

De otra parte, el carácter ficcional de las novelas –y en general de la literatura– no puede ubicarse en un extremo contrario a la realidad, so pena de caer de nuevo en la tentación moderna que hemos referido en el párrafo anterior. Ciertamente una y otra [historia y ficción] tienen diferencias

–que no es posible abordar en este escrito– en cuanto las escrituras, los auditorios a quienes pueden estar dirigidas, las pretensiones epistémicas, etc. No obstante, más que plantear una tajante separación, en términos de una polarización entre realidad y ficción, a Ricœur le interesa mostrar cómo la ficción entra en la vida cotidiana de los sujetos mediante el ejercicio mediador de la lectura. Así, la ficción tienen por *función* ser “*relevante y transformadora* respecto a la práctica cotidiana; *relevante*, en el sentido de que presenta aspectos ocultos, pero ya dibujados en el centro de nuestra experiencia de praxis; *transformadora*, en el sentido de que una vida así examinada es una vida cambiada, otra vida” (Ricœur, 1999: 865).

Ahora bien, en el apartado anterior nos referimos a cómo la identidad de un personaje es sometida constantemente en la literatura a *variaciones imaginativas*, las cuales, más que toleradas, son engendradas y buscadas, ya que en ellas accedemos al encuentro entre lo que somos y lo que queremos ser. Por lo tanto, tal como intenta mostrar Ricœur, la ficción entrecruzada con la narración de una vida, abre nuevas maneras de ser-en-el-mundo: “ficción y poesía apuntan al ser, pero ya no bajo la modalidad de ser-dado, sino bajo la modalidad de poder-ser” (Presas, 1998: 227).⁷

ENCUENTRO ENTRE LITERATURA Y VIDA EN LA LECTURA

La pregunta simplemente gestadora de historia –¿qué decía el texto?– sigue estando bajo el control de la pregunta propiamente hermenéutica –¿qué me dice el texto y qué digo yo al texto?–.

Paul Ricœur (1999: 894).

⁷ Presas, M. “La verdad de la ficción: estudio sobre las últimas obras de Paul Ricœur” *Revista latinoamericana de Filosofía*. XIV (2) 98; p. 227.

La entrada del relato en el campo de la ficción se toma tan en serio que se convierte en un problema hacer que la vida y la literatura se reencuentren *mediante la lectura*. Además, la ficción literaria se convierte en un vasto laboratorio de experiencias de pensamiento donde la unión entre el agente y su acción se somete a múltiples variaciones imaginativas. En un texto se descubre que es liberado un mundo en una unidad autónoma, susceptible de apuntar más allá de sí misma, donde se transfigura la experiencia cotidiana del mundo de la vida.

Pero, de nuevo la pregunta: ¿cómo volver de los relatos de ficción a la vida real? Podría suponerse que la propuesta acerca de la lectura desarrollada por Ricoeur sobre todo en *TR III* ponía de manifiesto la superación de la distancia entre el lector y la obra, atendiendo también a lo que se entiende por hermenéutica (ver el primer apartado del presente artículo).

En una cita aclaratoria, Ricoeur (1996: 161) hace la comparación entre su objetivo en *TR*, respecto a la presentación de las potencialidades de la lectura, y su planteamiento en *SO*. Nos permitimos transcribirla:

La lectura [*en TR III*], lejos de ser una interpretación negligente, es, sobre todo, una lucha entre dos estrategias, la de la seducción llevada por el autor bajo la forma de un narrador más o menos fiable (...) y la estrategia de sospecha dirigida por el lector vigilante, el cual no ignora que es él el que lleva el texto a la significación gracias a sus lagunas calculadas o no. A estas observaciones de *Tiempo y narración*, añadiré hoy que la condición de posibilidad de la aplicación de la literatura a la vida descansa, en cuanto a la dialéctica del personaje, en el problema de la *identificación-con*.

Esta *identificación-con* de la que habla la cita anterior nos revela la intención ricoeuriana de presentar siempre la alteridad como trascendental de la búsqueda del sí mismo, con lo cual podemos decir, con M. Agís (en Valdés, 2000: 106) que “toda hermenéutica es, de una u otra forma, comprensión de uno mismo gracias a la comprensión del otro o de lo otro. Nuestro conocimiento, y también nuestra propia experiencia, depende del otro, y de los textos [entiéndase aquí también *de la literatura*] en los que podamos seguir el desarrollo de su ser”.

Pero es justamente en el acto de leer donde surgen obstáculos en el trayecto de retorno de la ficción a la vida. Ricoeur menciona algunas dificultades para relacionar ficción literaria y vida:

1. *Equivocidad en la noción de autor*. Cuando yo me interpreto en los términos de un relato de vida, soy sin duda

narrador y personaje, pero no autor, sino a lo sumo coautor. ¿No sufre de equivocidad la noción de autor cuando se pasa de la escritura a la vida?

2. *Inconclusión narrativa*. Las nociones de comienzo y de fin son diferentes en el plano de la ficción y en el de la vida. En la ficción, ni el comienzo ni el fin son necesariamente los de los acontecimientos narrados. En las ficciones puede haber frases que, haciendo referencia a pasados cuasi-inmemoriales o a futuros indefinidos, sean el comienzo narrativo, al igual que existe una última página que equivalga al fin.

En la vida nada tiene valor de comienzo narrativo: “la memoria se pierde en las brumas de la infancia”, dice Ricoeur (1996: 162). “El acto por el que he sido concebido pertenece más a la historia de los demás, en este caso de mis padres, que a mí mismo. Y la muerte sólo será final narrado en el relato de los que me sobrevivan”.

3. *Imbricación recíproca de las historias de vida*. Sobre el recorrido conocido de mi vida puedo narrar varias historias, en la medida en que, a cada una, le falta el criterio de la conclusión; en cambio, por ejemplo, la novela despliega un mundo en el texto que le es propio, lo cual hace muy difícil relacionar las tramas, inconmensurables, de varias obras. Además, “(...) las historias vividas de unos (en la vida real) se imbrican en las historias de los demás. Episodios enteros de mi vida forman parte de la historia de la vida de los otros, de mis padres, de mis amigos, de mis compañeros de trabajo y de ocio” (1996: 163).

4. *Inclusión de los relatos de vida en una dialéctica de rememoración y de anticipación*. En la comprensión de sí, como mimesis de acción, pareciera que no es posible sino cubrir la fase ya pasada de la vida y articular las anticipaciones y proyectos de una existencia personal, siguiendo un esquema en el que “la dialéctica entre espacio de experiencia y horizonte de espera pone en relación la selección de los acontecimientos narrados con las anticipaciones propias” (1996: 163).

Pero, para Ricoeur, se ponen en el tapete estas dificultades porque no se comprende la *aplicación* de la ficción a la vida, para lo cual se requiere una inteligencia más sutil y más dialéctica. Ante estas cuatro dificultades, se nos proponen a su vez algunas respuestas:

1.

“Al hacer relato de una vida de la que no soy autor en cuanto a la existencia, me hago su coautor en cuanto al sentido (...). [Todo ello] contribuye a la riqueza de sentido de la noción misma del poder obrar” (1996: 164). Siguiendo a A. Fornari (1996: 360) puede decirse que:

(...) nunca somos más que coautores de nuestras narraciones. Sólo en la fantasía vivimos la historia que nos apetece. (...) Entramos en un escenario que no hemos diseñado y tomamos parte en una acción que no es de nuestra autoría. Cada uno de nosotros es el personaje principal de su propio drama y tiene un papel subordinado en el drama de los demás.

2.

Deberá comprenderse que la vida tiene un carácter evasivo y confuso, razón por la cual nos es indispensable la ficción para organizarla retrospectivamente: “En las intrigas que inventamos yo veo el medio privilegiado por el cual reconfiguramos nuestra experiencia temporal confusa, informe y, en el fondo, muda” (1999: 13). De igual forma, se entiende que es en la intriga donde se configura la experiencia temporal en “comienzos”, “medios” y “fines”.

Pero podríamos agregar otra cosa más: si bien los relatos suponen el nacimiento de cada personaje, el discurso narrativo no necesita mencionar el nacimiento, sino que puede elegir iniciar la historia cuando le convenga. “Por esto la historia es en un cierto sentido el *continuum* de los acontecimientos y presupone el conjunto global de todos los detalles imaginables, vale decir, aquellas que pueden ser proyecciones de las leyes normales del universo físico” (Chatman, 1981: 23 y 27). Más aún, el autor de una narración escoge los acontecimientos que considera suficientes y necesarios. Normalmente, el público –en el caso estricto de la literatura, el lector– “está dispuesto a aceptar una línea principal de narración y a colmar las lagunas con las nociones adquiridas por medio de la experiencia ordinaria de vida” (Chatman, 1981: 23 y 27).

Permítanos el lector una digresión. Recordemos que uno de los problemas de fondo, como lo hemos señalado, es el de la temporalidad. Abramos un paréntesis para aclarar brevemente de qué hablamos cuando decimos que, en la narración, nos vemos enfrentados con el tiempo, en su do-

ble dimensión, el cosmológico que nos ignora mientras nos abarca, y el tiempo de la conciencia, que nos urge. Ricoeur hablará en *Temps et récit* de un tiempo “calendario” o tercer tiempo, que es mediador entre el tiempo físico y el tiempo fenomenológico. El primero de ellos reviste los caracteres de continuidad uniforme, infinitud, linealidad y segmentabilidad a voluntad. El segundo posee la noción de *presente*, que es algo diferente al *instante* del tiempo físico. Si no poseyéramos la noción fenomenológica de presente, observa Ricoeur, “no podríamos dar la menor idea de un acontecimiento nuevo que rompe con una era anterior y que inaugura un curso diferente de todo lo que ha precedido” (1999: 158).

El tercer tiempo “es un mediador entre las dos perspectivas del tiempo, pero además incide en cada uno de ellos, cosmologizando el tiempo vivido y humanizando el tiempo cósmico. De este modo, la invención del tiempo calendario contribuye a reinscribir el tiempo del relato en el tiempo del mundo” (Peñalvert, 1991: 340). Podría decirse, pues, que gracias al tiempo calendario se nos da la posibilidad de descubrir un pasado, un presente y un futuro, y, por ello, también la fortuna de hacer literatura, como refiguración y configuración de acontecimientos en el tiempo. Por su parte, el relato se convierte en “guardián del tiempo” (1999: 392), sin que por ello se olvide que

(...) el tiempo es no sólo una envoltura que está más allá de todas nuestras pequeñas burbujas de orden narrativo, sino que es más bien como el tiempo de orden meteorológico, capaz de producir brisas suaves y tormentas violentas. Pese a nuestra habilidad para engendrar las formas domésticas del tiempo, éste también oculta la posibilidad apocalíptica de disolver cada y todos los horizontes de significación que nos hemos creado (Wood en Valdés, 2000: 14).

Por último, acerca del tiempo, digamos que la reflexión a su propósito es una lucha del hombre con la experiencia de la temporalidad. Pero aquí sólo podemos decir algunas palabras, siguiendo a White (1991: 140 – 159): “Cada discurso histórico (...) no sólo es un relato literal del pasado y una figuración de la temporalidad, sino, más allá de ello, una representación literal del contenido de un drama sin tiempo, el de la humanidad luchando cuerpo a cuerpo con la experiencia de la temporalidad”.

Volvamos a la literatura en su relación con la vida, y viceversa. Mediante la ayuda de los comienzos narrativos estabilizamos los comienzos reales constituidos por nuestras iniciativas. Ricoeur anota frente a la relación del relato con las iniciativas que éste (el relato) “confiere al personaje una iniciativa, es decir, el poder de



comenzar una serie de acontecimientos, sin que este comienzo constituya un comienzo absoluto, un comienzo de tiempo, y por otra parte, dando al narrador en cuanto tal el poder de determinar el comienzo, el medio y el fin de la acción” (1996: 146).

También por medio de tal organización temporal podemos tener la experiencia, aunque inexacta, de lo que quiere decir “terminar un episodio de la vida real”. Por otra parte, si no podemos narrar nuestra muerte, “¿no tienen –los relatos de la literatura sobre la muerte– la virtud de debilitar el aguijón de la angustia frente a la nada desconocida, dándole imaginariamente el contorno de tal o cual muerte, ejemplar por un motivo o por otro?” (1996: 164 - 165). De este modo, la ficción puede ayudar al aprendizaje de morir, puede servir de consuelo –de manera lúcida, a la manera de la *catarsis* aristotélica–, de medio perspicaz de presidir el duelo de sí mismo.

3.

Respecto a la imbricación recíproca de las historias de vida, debe decirse que ésta no es rebelde a la inteligencia narrativa que alimenta la literatura. Más bien se encuentra un modelo de inteligibilidad en el engarce de un relato con otro. Además, cada historia de ficción, al hacer enfrentarse en su seno los diferentes destinos de múltiples protagonistas, ofrece modelos de interacción en los que la imbricación es aclarada por la competición de los programas narrativos (cf. Ricoeur, 1996: 165).

4.

La última objeción no tiene en cuenta que sólo en un sentido el relato recoge y ofrece una meditación sobre la parte pasada de nuestra vida (el pasado de narración no es más que el cuasi-presente de la voz narrativa). Pero en el relato existen proyectos, esperas, anticipaciones, mediante los cuales los protagonistas del relato son orientados hacia su futuro mortal: en palabras de Ricoeur, sostenemos que “el relato narra el cuidado”.

Lo que ha pretendido Ricoeur al dar una respuesta y una solución a las cuatro objeciones que se le plantea al entrecruzamiento entre ficción e historia, o mejor, entre ficción y la vida es que “el relato forma parte de la vida antes de exiliarse de la vida en la escritura; vuelve a la vida según los múltiples caminos de apropiación y a costa de las tensiones inexpugnables de las que acabamos de hablar” (1996: 166).

CODA

Nos enfrentamos a tener que desplazar los discursos sobre el hombre hacia el plano del discurso desde éste (...) ¿cómo hacer propio al discurso sobre el hombre?, ¿cómo superar la disociación entre sujeto y discurso so-

bre el sujeto? ¿No es acaso la tarea que busca cumplir el lenguaje poético y literario?, ¿no es en esencia la gran tarea incumplida de la pedagogía?”

(Zemelman, 2002: 104).

En este apartado quisiera dejar sugeridas dos reflexiones en relación con lo dicho en las páginas anteriores:

1.

La *experiencia de lectura*, tal como se propone desde la hermenéutica ricoeuriana, no se reduce a un conjunto de métodos de intelección de un texto. Suele tenerse como práctica de enseñanza de la literatura, no poco común, hacer que los estudiantes identifiquen, por ejemplo, el argumento, los personajes principales, las relaciones que hay entre ellos, los lugares en los que se desarrolla la trama, el comienzo, nudo y desenlace, etc.; en otros casos, leer literatura implica la revisión del ‘estilo’ del autor puesto en escena en la confección de la trama; en otros –también a guisa de ejemplo–, se propone a los estudiantes que investiguen el contexto (político, económico, cultural, social) en el que surgió la obra, la biografía del autor, el período de la vida que posibilitó la producción del texto, etc.

Ciertamente, cada uno de estos enfoques obedece a modos de entender la lectura del texto literario, que se han sedimentado en la larga tradición de crítica literaria de Occidente [bien podrían relacionarse los ejemplos con enfoques estructuralistas y sociológicos] y en la configuración de las didácticas de la literatura. Por supuesto, en los límites del presente escrito es imposible desarrollar sistemáticamente una crítica a cada uno de ellos. Lo que cabe dejar planteado es que la *lectura* constituida en *experiencia* implica pasar de considerarla como un proceso únicamente cognitivo, a entenderla como un auténtico espacio de apropiación de la vida.

2.

Así mismo, urge abandonar la idea de que la lectura es necesaria solamente para insertarse con lujo de capacidades en lo que ha dado en llamarse ‘cultura general’. Desde un punto de vista político y pedagógico, se trata de mirar críticamente los trucos del mercado que ponen a los libros como objetos de consumo cuya adquisición –y a veces también lectura– es sinónimo de estatus social en tanto representa aquello que el capitalismo neoliberal ha dado en llamar “capital simbólico”. Así las cosas, pareciera no importar que los sujetos se conviertan en lectores críticos de un mundo que se abre en los textos literarios, ni en lectores transformados por la lectura y asumidos como transformadores de su propio mundo de la vida, sino que puedan tener un tema de conversación en un cóctel, participar en un programa de concurso –en los que se premia con dinero el conocimiento de datos extraordinarios como una competencia– o llenar un crucigrama.

Insistimos: los textos literarios –y en general todos los textos– constituyen una rica tradición que no puede reactivarse críticamente sin la mediación de la lectura; así mismo, el desarrollo de habilidades cognitivas que puede propiciar la lectura es innegable; además, con la lectura se abre la visión del mundo propio y se empiezan a otear múltiples maneras de ser que rompen con la idea de una cultura reducida a la esfera de la vida cotidiana de cada uno. Empero, abandonar el nudo gordiano de la experiencia hermenéutica es deshumanizar la lectura.

BIBLIOGRAFÍA

- Ricoeur, P. "Autocomprensión e historia". Calvo, T. & Avila, R. (Comp.). *Paul Ricoeur: los caminos de interpretación*. Granada: Anthropos, 1991.
- . *Del texto a la acción. Ensayos sobre hermenéutica II*. Pablo Corona (trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- . "La vida: un relato en busca de narrador". *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*. Buenos Aires: Docencia, 1984.
- . "Relectura de la Poética de Aristóteles". Valdéz, M. (Ed.). *Indagaciones hermenéuticas con Paul Ricoeur*. Barcelona: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2000.
- . *Soi-même comme un autre*. Agustín Neira (trad.). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI, 1996.
- . *Temps et récit*. Agustín Neira (trad.). Madrid: Cristiandad, 1987; 2 vols. México: Siglo XXI, 1996.
- Bremond, C. *Logique du récit*. Paris: Seuil, 1973.
- Calvo, T. & Ávila, R. (Comps.). *Paul Ricoeur: los caminos de interpretación*. Granada: Anthropos, 1991.
- Chatman, S. *Storia e discorso: la struttura narrativa nel romanzo en el film*. Parma: Patriche editrice, 1981.
- Davidson, D. *Essays on Actions and Events*. Oxford: Clarendon Press, 1980.
- Fornari, A. "Identidad personal, acontecimiento, alteridad desde Paul Ricoeur". *Aquinas, Revista internacional de Filosofía* XXXIX. 2 (1996): 339 - 368.
- Prada, M. "Narrarse a sí mismo: residuo moderno en la hermenéutica de Paul Ricoeur". *Folios. Revista de la Facultad de Humanidades*. Universidad Pedagógica Nacional, Segunda Época. 17 (2003): 47 - 56.
- . "Sujeto, narración y formación desde Paul Ricoeur". Mena, P. (Comp.). *Fenomenología por decir. Homenaje a Paul Ricoeur*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, 2006.
- Presas, M. "La verdad de la ficción: estudio sobre las últimas obras de Paul Ricoeur". *Revista latinoamericana de Filosofía*. XIV. 2 (1998): 219 - 228.
- Propp, V. *Morfología del cuento*. Madrid: Fundamentos, 1985.
- Valdéz, M. (Ed.). *Indagaciones hermenéuticas con Paul Ricoeur*. Barcelona: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2000.
- White, H. *The metaphysics of narrativity: time and symbol en Ricoeur's philosophy of History*. *Paul Ricoeur: Narrative and interpretation*. Londres: Routled